

La ceremonia de la confusión

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ESTA frase ha sido repetida muchas veces, y la última en la Semana Económica Internacional, por Ruiz Giménez. Y se ha utilizado ayer y hoy aplicándole muy diversos sentidos. Pero en algo coincidimos muchos dentro de nuestras fronteras: en los hechos que están a la vista de todos. Hechos políticos, económicos y sociales que, quienes mantenemos muy diversas posturas socio-políticas, podemos coincidir en el diagnóstico de su estructura exterior.

Todo el que sienta en izquierda —como yo siento— se apreciará que la ambigüedad y la falta de precisión de muchos líderes, escritores y personajes actuales es síntoma del mismo fallo. El mundo occidental se encuentra confuso porque, después de un progreso material más o menos real, se encuentra en plena crisis y los otros desarrollos —el humano, cultural y religioso— o no se han conseguido o dejan mucho que desear. Y en nuestro país, todo esto se encuentra más acusado, como lo vemos en un Gobierno que no decide claramente, porque dice inspirarse en una ambigua postura, y cuya mayor inquietud es dar palmaditas cariñosas de derecha a izquierda, confiando en que el tiempo todo lo arregla; que hace alarde de un optimismo con poca base; y que tímidamente pretende animar a los españoles en la pública frustración que empieza a surgir.

No se aborda ahora ningún problema de fondo, aunque se ha conseguido un acuerdo: el del pacto de la Moncloa. Pero un acuerdo sin aplicación clara ni decidida, que puede llevarnos por eso al escepticismo generalizado. Escepticismo que podrá abocar en lo peor: a añorar situaciones de autoridad anteriores que pretendían resolver todo por el infantil procedimiento de la dictadura política y del paternalismo social. Por supuesto que no sería un fascismo declarado lo que pudiera venir, pero sí un sucedáneo a nivel de nuestro tiempo de esa dictadura sin ideas, y sólo de hechos superficiales, que carece de perspectiva de futuro, aunque proporcionando pequeñas satisfacciones a corto plazo para los que aceptasen sumisa y ciegame esta nueva perspectiva.

Y los grupos o individuos disidentes de la postura oficial no se encuentran hoy por hoy mejor pertrechados. Carecen, por lo regular, de decisión. No tienen muchos de ellos un programa completo a corto, medio y largo plazo para llegar a salir de la situación paralizante y regresiva en que nos hallamos.

El mundo empresarial va de vaivén en vaivén sin saber bien a qué carta quedarse. Le halagan sordamente las demagógicas voces de algunos grandes empresa-

rios que son hábiles en proponer un nuevo "poujadismo" de estilo español, que podría conseguir votos, pero no soluciones porque carece de ideas, y las pocas que tiene son demasiado interesadas.

El trabajo —el más sufrido en esta situación inflacionista— está demasiado moldeado por el martilleo del régimen anterior, y a veces vacila en seguir del todo a las grandes centrales sindicales, las cuales son las más responsables y realistas, porque saben percatarse, como nadie quizá —por estar en cotidiano contacto con la realidad—, del embarrado terreno en que estamos metidos. Terreno cenagoso debido a la incidencia en nuestro país de la crisis económica mundial, y a la mucho más importante herencia dejada por el régimen dictatorial anterior, que sólo se preocupó de acostumbrarnos a no pensar, a no creer y a no osar nada.

El ciudadano corriente se encuentra perplejo, sin norte claro a donde dirigir su mirada, y en el gran peligro de caer en soluciones simplistas de emergencia, hábilmente manejadas por una ultraderecha interesada, más o menos disfrazada con piel de cordero, que aprovecha la propicia circunstancia del país para tales propósitos.

¿Cómo salir de ello? ¿Cómo concienetar al pueblo, a ese sufrido pueblo español que siempre ha solido estar llevado al aire de intereses de grupo político o económico, en vez de pensar y hacer por él mismo?

La Biblia nos dio —con su sabiduría de siglos— la clave para salir de este engaño casi perpetuo: "Ten cuidado del que da consejos —dice—, entérate primero de sus intereses, porque también él piensa en sí mismo y en cómo sacar provecho". Esta sociedad se guía por intereses que se reducen fundamentalmente al afán de poder y al de posesión. Las dos negras palancas que han movido las ideas que se presentaban falsamente como puras, cuando eran vestiduras elegantes que escondían una egoísta mercancía.

¿Qué es esto —dicho con sencillas y precisas palabras— sino la teoría del materialismo histórico expuesta más tarde detalladamente, y aplicada profundamente a su época, por Karl Marx?

Las ideas, los principios que dirigen nuestros fines espirituales o políticos, son encubridores sutiles de intereses privados y egoístas que deben ser desvelados, denunciados con crudeza, si queremos salir del engaño general en que vivimos.

Contra estas mistificadas ideas hemos de oponer otros principios, otras ideas que no encubran oscuros deseos, sino que pretendan de verdad la salvación del hombre, y permitan el paso "de fragmen-

to de hombre, a hombre total", como propugnó el inventor de la sociología científica en el pasado siglo.

Si. Necesitamos principios limpios y universales, pero también que sean concretos y realistas. Que partan de un concepto progresivo del ser humano, y no de la desconfianza en sus posibilidades, ni tampoco cayendo en el idealismo desentrañado de la tierra. Que tengan en sí mismas la posibilidad de transformación, para seguir el dinámico curso de la realidad que va desarrollando y aplicando positivamente las conquistas humanas de la ciencia social y psicológica, tanto al individuo como a la sociedad.

El más inteligente pensador católico de la modernidad, G. K. Chesterton, afirmaba ante los problemas humanos de hace medio siglo: "Para la patrona de una pensión que recibe a un nuevo huésped, es cosa importante saber la que gana éste; pero es mucho más importante que conozca su filosofía, su modo de pensar". Si aplicamos esto a nuestra situación española hemos de decir, por tanto, que "el único remedio lógico consiste en la afirmación de un ideal humano, ante los problemas económicos, sociales o políticos. Que la filosofía de los que nos dirigen —porque todos tienen su filosofía clara u oculta— debe contener un "ideal humano", no un ideal que no esté encarnado en la tierra, ni tampoco un pensamiento que no sea valorador del hombre y de sus posibilidades. Los evasivistas, los que se despegan de la realidad, no nos sirven. Pero tampoco hemos de escuchar a los que, bajo engañosa capa de realismo, no tienen una concepción abierta del ser humano.

Tengamos principios, no ideologías que esconden intereses oscuros. Principios claros, humanos y humanizantes, que acepten lo que la ciencia va descubriendo de las posibilidades humanas, de estas posibilidades que hay que estimular y desarrollar, sin paternalismos anacrónicos ni suplicancias que nos convierten en perpetuos menores de edad.

El mundo está perdido —dice el Antiguo Testamento— porque no hay quien se recoja dentro de sí mismo un momento para recapacitar". A nosotros nos hace falta también recapacitar, pensar, reflexionar, porque de la reflexión del hombre sencillo, del hombre común, ha de venir la salvación, y no de muchos bien y altamente situados que esconden, tras sus ideas, intereses que no servirán para salvar socialmente a los demás. ■